

Perspectiva

Quisiera plantear las intenciones que tiene el presente artículo y desde esta perspectiva poder iniciar un diálogo con aquellos interesados en la temática y, que desde una práctica social se interesen en los procesos sociales y culturales por los cuales atraviesa nuestro país y la región en su conjunto.

Si bien, el interés principal de la revista es el mundo juvenil, mi aporte particular se estructura a partir de una preocupación que engloba al actor joven como uno más al interior de nuestra sociedad. Particularmente, los cambios acelerados en los modos de vida que se intentan plasmar, las mutaciones culturales a las cuales nos vemos sorprendidos día a día, me hacen pensar que de igual forma una revisión sintética del fenómeno de la modernidad en una visión global, puede ayudar a esclarecer ciertas afirmaciones o intenciones que se asocian a esta temática, siendo en algunas circunstancias elementos de confusión o de distorsión de una tema cuya centralidad no se puede obviar.

Modernidad y mundos de vida

Pareciera que la modernidad actualmente cubre todas las esferas de nuestra vida. Por una parte, el lenguaje institucional estructura un discurso cuyo eje central es el proceso de modernidad y racionalización que deben asumir los diferentes espacios institucionales para llegar a conformar un modo de vida evidentemente de país «desarrollado», por tanto, moderno. Por otra parte, cada uno de nosotros como sujetos particulares deseamos integrarnos a este modo de vida particular, que no es otro que el hecho de «ser moderno».

Asumiendo este dato de la realidad, quisiera compartir algunas reflexiones que eventualmente pudieren contribuir al debate acerca de las ideas que giran y subyacen, a propósito de la modernización y del hecho de ser o llegar a constituirse en sujeto y/o sociedad moderna.

Cuando revisamos la bibliografía, nos encontramos con toda seguridad con ideas y proposiciones que puedan connotar la modernidad como un proceso en curso, una etapa finalizada, o bien un período que permitió el surgimiento de otra época en la perspectiva de los procesos sociales globales de las sociedades contemporáneas.

Lo anterior, lo podemos apreciar en los debates acerca del carácter precario de la modernidad en las sociedades occidentales y los ajustes necesarios a realizar, para contribuir a descubrir el verdadero sentido que tenía el proyecto de la modernidad (Habermas, Giddens y Touraine entre otros).

Otros intelectuales, centran su foco de interés, en la etapa ya superada que tendría la modernidad y por tanto alientan la idea de la post-modernidad, como la mejor resultante de un período ya superado (Lyotard, Baudrillard entre otros).

Cualquiera que fuesen los postulados de los debates intelectuales de autores clásicos, pareciera interesante cuestionarse, sobre la pertinencia de aquellos debates en nuestra sociedad local. C. Fuentes (1992) y O. Paz (1979), sugerían pistas a considerar en lo que respecta la reproducción mecánica de algunos debates elaborados en otros contextos y tiempos históricos.

* Asistente social... (completar). Docente Universidad Católica de Valparaiso.

Si bien, nuestro país se encuentra impulsando un fuerte proceso de modernización, podría resultar interesante cuestionarse sobre qué supuestos estarían estructurando dicho proceso, o bien, si estos supuestos son portadores de un proyecto de modernidad que considere simultáneamente el desarrollo y rescate del sujeto individual y colectivo.

Diferencias entre modernidad y modernización

Si pudiéramos definir la modernidad en la perspectiva recién sugerida, diríamos que «la modernidad, es una etapa histórica y la modernización un proceso socioeconómico que trata de ir construyendo la modernidad. La modernidad, por tanto, es un proyecto que releva un modo de vivir, organizado de manera que los sujetos no sólo disfruten de los beneficios de la modernización, sino que igualmente encuentren sentido a su experiencia vital».¹

En esta óptica, el proyecto de modernidad involucra un aspecto cultural, es decir, la búsqueda de los sentidos que los sujetos le dan a las cosas, a sus relaciones, en definitiva a su mundo particular, siendo inevitablemente en el contacto con otros en el cual mejor se puede plasmar esa tensión individuo-sociedad.

Intentando asumir las diferencias entre ambos conceptos que totalizan el discurso y las prácticas actuales, pareciera interesante rescatar el trabajo de García Canclini, quien operacionaliza —en mi opinión—, de manera profunda el sentido de la modernidad.

Para este autor, habrían cuatro movimientos básicos que constituirían la modernidad: un proyecto emancipador, un proyecto expansivo, un proyecto renovador y un proyecto democratizador.²

El proyecto emancipador se refiere a la secularización de los campos culturales, la racionalización de la vida social y el individualismo creciente, sobre todo en las grandes ciudades.

Por proyecto expansivo, este autor menciona el hecho de extender el conocimiento hacia la población en general, promover los descubrimientos científicos y el desarrollo industrial.

El proyecto renovador involucraría definir nuevos modos de vida, dada la transformación de las relaciones sociales, a partir de la secularización de los valores.

Finalmente, el proyecto democratizador se constituye en la posibilidad que los nuevos modos de vida, sean portadores de niveles de participación de los sujetos tanto individual como colectivos en la sociedad en la cual se insertan.

Si consideramos los movimientos propuestos por Canclini y, asumiendo que la reflexión de este autor está mediatizada por ser latinoamericano, pudiere ser útil imaginar la ocurrencia de estos movimientos en nuestra realidad chilena.

Sentido de la modernidad

¹ Sobre las diferencias entre los conceptos y otros elementos de reflexión en torno a esta temática, se puede revisar: «Debate ideológico sobre la modernidad en Chile». Bork A., Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. 1994.

² García Canclini, N.: *Culturas híbridas*. Grijalbo, Ciudad de México, 1989.

Al intentar analizar nuestra realidad, siendo indiscutiblemente sujeto de la misma, emergen algunas interrogantes ligadas fundamentalmente a la preeminencia del proceso socioeconómico, por sobre el sentido o el modo de vida nuevo que tendría nuestra sociedad. Es decir, en otros términos a la autonomía de la modernización y su disociación del proyecto de modernidad.

Actualmente, podemos constatar lo significativo que resulta para los sujetos vincularse a los parámetros que impone el mercado. Los artefactos aparecen centrales, en el modo como los sujetos se definen y por tanto definen a los otros.

La representación social del hecho de ser «moderno», se mide en realidad por la capacidad que tiene el mercado de imponer bienes y servicios sugeridos en el plano de lo necesario e indispensable. Las relaciones sociales, por tanto, quedan al arbitrio de la importancia que tienen los individuos por lo que tienen y potencialmente pueden dar y no necesariamente por lo que son y por lo que potencialmente pueden llegar a ser.

El desarrollo asimétrico de las posibilidades de competir en el mercado, generan en los sujetos una suerte de heterogeneidad, que enfatiza lo precario que resulta afirmar que el proceso de modernización y sus potenciales beneficios generarían «un modo de vida nuevo», capaz de llegar al conjunto de la población.

Nos situamos frente a una disyuntiva en cuanto querer afirmar procesos de modernización que tanto requiere la población en su conjunto y buscar la coherencia que éstos deben tener en una perspectiva que otorgue sentido al proyecto global de sociedad que se intenta plasmar.

Es evidente, que los procesos de modernización que conllevan como premisa básica el bienestar y la calidad de vida de la población en su conjunto y con énfasis en lo que más lo requieren, no pueden ser sujetos a críticas, ya que sólo reflejaría una falta de visión del desarrollo como proceso armónico y de crecimiento material e inmaterial de las personas individual y colectivamente. Sin embargo, el intentar uniformar las tendencias, sin connotar las diferencias y lo particular que pueden resultar los sujetos y sus respectivos procesos, sólo conduce al fenómeno de la homogeneidad y de masificación, que se contradice con la tolerancia a la diversidad, rasgo central de las sociedades calificadas de modernas.

Nos encontramos, por tanto, frente a un desarrollo asimétrico. Por una parte, un avance económico, industrial y tecnológico que en cierta forma se asimila a las grandes tendencias de los países industrializados; por otra parte, el proceso de cambio o de mutación que se originan en la vida cotidiana de los sujetos, no sólo en el nivel de sus prácticas, sino de igual forma a nivel de los valores y principios que informan esas determinadas prácticas.

Probablemente, lo anterior refleja en cierta medida, la tensión entre esta situación de búsqueda de lo moderno a través de los artefactos y, el temor de asumir ciertos cambios en la esfera de lo valórico y de ciertas premisas que constituyen la sociedad tradicional.

Pudiéramos aventurar que los movimientos propuestos por Canclini, en nuestra realidad chilena, se enfatizan en distintas direcciones y sin una relativa correspondencia entre ellos. De alguna forma nos hemos secularizado, los campos culturales encuentran mayores niveles de autonomía en su producción.

Al mismo tiempo, hemos impulsado procesos de movilidad social, a través del sistema educativo, aún con limitaciones hemos incorporado la innovación tecnológica. Hemos recibido más consciente o menos conscientes los flujos expansivos del proyecto de modernidad, probablemente hemos «imitado».

Lo que probablemente, no logramos desarrollar aún es una manera de vivir democráticamente, es decir, donde la convivencia se organice para que los sujetos puedan desarrollar su capacidad creadora, sin limitaciones, ni discriminaciones. Una sociedad democrática será moderna, cuando logre disminuir las brechas que existen entre las clases sociales y donde se trabaje con responsabilidad social, no sólo en el presente, sino con las generaciones futuras.

Reflexiones finales

Sin lugar a dudas, que las experiencias exitosas de otras realidades nos pueden interpelar y probablemente se puedan analizar a objeto de poder extraer lo mejor de ellas. No obstante, es significativo incorporar los elementos que imprimen lo particular de cada situación, más aún cuando las sociedades factibles de imitar aparecen hoy en día, fuertemente remecidas por los propios desequilibrios que fueron potenciados por sus procesos de modernización, que no es más que el déficit que el proyecto de modernidad fue mostrando.

La crítica tanto de Touraine como la de Giddens, pone un énfasis particular al hecho que los atributos que pudieren haber sido característicos de la sociedad moderna, hoy son cuestionados y pierden fuerza, por la escasa utilidad que de ellos pueden hacer los propios individuos. El individualismo, contrario al proceso de singularidad; la cosificación, que evita la transcendencia; son algunos de los rasgos más cuestionados hoy en día, en el debate ideológico a propósito de la modernidad.

El rescate del sujeto individual y colectivo, que atraviesa las discusiones no sólo académicas, sino de igual forma se integra en las diferentes instituciones sociales y políticas, nos pudiera en cierta forma ayudar a reflexionar el carácter que adoptan nuestros procesos de sociedad moderna.

Si hemos logrado captar con toda intensidad los modelos que guían las fases de la modernización en sus distintas versiones, sería interesante plantearse lo necesario que puede ser incorporar de igual modo, las críticas que están sufriendo las sociedades que emergen de tiempo en tiempo como factibles de imitar.

Centrarse en lo anterior pareciera, ser más inteligente, que creer que estamos superados en nuestros procesos de modernización, y que en realidad al igual que otros países enfrentamos los tiempos post-modernos.

Si podemos rescatar la propia particularidad de la modernización, podríamos eventualmente creer que el sentido de la modernidad como proyecto de sociedad nos compromete a todos y, en esa perspectiva el movimiento democratizador que caracteriza la sociedad moderna se impregna en cada uno de nosotros y, por tanto se potencia la capacidad de transformarse y de transformar.

VALPARAISO, marzo de 1995

Referencias bibliográficas

Brunner, J.: *Un espejo trizado*. Flacso, Santiago, 1988.

Brunner, J. y otros: *Chile: Transformaciones culturales y modernidad*. Flacso, Santiago, 1989.

Foxley y Tironi: *La cultura chilena en transición 1990-1994*. Ministerio Secretaría General de Gobierno, Santiago, 1994.

García Canclini, N.: *Culturas híbridas*. Grijalbo, Ciudad de México, 1989.

García Canclini, N.: *Políticas culturales en América Latina*. Grijalbo, Ciudad de México, 1983.

Giddens, A.: *The Consequences of Modernity*. University Press, Stanford, 1990.

Habermas, J.: *Le Discours Philosophique de la Modernité*. Gallimard, Paris, 1985.

Lyotard, J.: *La Condition Postmoderne*. Minuit, Paris, 1992.

Marras, S.: *América Latina: Marca registrada*. Andrés Bello, Santiago, 1992.

Touraine, A.: *Critique de la Modernité*. Fayard, Paris, 1992.